

January 2004

Nueva reflexión sobre la universidad católica

Luis Enrique Enrique Ruiz López

Universidad de La Salle, Bogotá, cila@jupiter.lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ruiz López, L. E. (2004). Nueva reflexión sobre la universidad católica. Revista de la Universidad de La Salle, (37), 63-73.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

NUEVA REFLEXIÓN SOBRE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA

Luis Enrique Ruiz López

Director, Centro de Investigaciones Lasallistas, CILA

E-mail: cila@jupiter.lasalle.edu.co

Durante el primer semestre del año 2003 en el Comité de Reflexión del Centro de Investigaciones Lasallistas, CILA, se realizaron las reuniones los días jueves entre las 11:00 a.m. y las 12:30 p.m. en torno al tema de la universidad católica, su compromiso con Dios y con los hombres. El texto central sobre el cual giraron las reflexiones de los asistentes fue "Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana" del Sr. Cardenal Paul Poupard, Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, quien en la Universidad Católica San Antonio, Murcia, (España) el 22 de noviembre del 2001, desarrolló la ponencia objeto de los comentarios que a continuación se transcriben. En el texto se resaltan las ideas que los participantes encontraron más significativas en el discurso del Cardenal Poupard y se ponen de relieve las consecuencias que, a juicio de los participantes, pueden ser aplicadas a la realidad universitaria de la Universidad de La Salle de Bogotá, la cual debe resumir y asumir su tradición lasallista católica y ahondar en el espíritu que la alienta, dejándose interpelar por Dios y siendo testimonio de amor por los hombres, especialmente, dando prueba del amor de Dios y del interés de éste por los hombres más necesitados.



Inicia el Cardenal recordando a Horkheimer y las palabras que pronunciaba con posterioridad a Auschwitz “Escribir un poema después de Auschwitz es algo bárbaro” en la cual la razón se queda en el aire, sin asidero y lo compara con el momento actual en el que esa misma razón, frente a la barbarie del terrorismo, se vuelve a quedar en el vacío y la nada la amenaza; sin embargo, encuentra que es en esa carencia de racionalidad del mundo contemporáneo en donde radica la necesidad de la reflexión sobre el fundamento, afirma: “es precisamente la gravedad de la hora presente la que impone con perentoriedad reflexionar acerca de los fundamentos” (Poupard, 2001)¹.

En el caso de Colombia, en el que los indicadores de pobreza se elevan cada día más y en donde la irracionalidad de la razón económica es la que se impone, se hace más necesario que nunca no renunciar a la reflexión sino ahondar en esta y exhortar a los demás ha hacer lo mismo para hacer real la idea de nuestra Universidad de “pensar, decidir y servir”.

La vocación de la universidad católica la luz de la inteligencia, elogio de la razón, verdad y tolerancia

Denuncia el autor, con Chersterton, que el mal de nuestros tiempos es el acudir al experto, especialista en medios pero lo que falta es el hombre poco práctico que busca y piensa en los fines.

Revisa el problema de la fidelidad de la universidad católica y encuentra que a ella le deben importar los fines y no los medios y el mercado “en el momento

presente, una universidad católica que quiera ser fiel a su vocación, no ha de preguntarse sólo cómo ha de hacer para mejorar el rendimiento, aumentar su cuota de mercado, captar nuevos estudiantes y conseguir mejores resultados en la incorporación al mercado de trabajo. Éste es el trabajo del experto, del hombre de los medios. La vocación de la Universidad, sin embargo, contempla los fines”(Poupard, 2001).

Ya que “la universidad no puede perder su vocación originaria para adaptarse servilmente a las exigencias del mercado y transformarse en una escuela profesional de alto nivel”(Poupard, 2001). En este contexto entiende a los profesores como hombres comprometidos con la búsqueda de la verdad y su fuente, afirma: “quienes en ella enseñan no son funcionarios, sino profesores, es decir, aquellos que han hecho profesión de consagrarse al estudio de la verdad” (Poupard, 2001).

¹ No se señalan las páginas del texto del Cardenal Poupard en razón a que se trata de una fuente digital continua.

De esa pasión que alienta a los profesores y a estudiantes surge la idea de universidad, ya que citando a Alfonso X, el Sabio, define a la universidad como “ayuntamiento de profesores y estudiantes” para conseguir la verdad, por eso afirma: “decir universidad es decir universalidad en el saber, la pasión por el conocimiento en toda su extensión, de la que participan todas las facultades, para superar la fragmentación de saberes en que tiende a encerrarse el conocimiento”(Poupard, 2001). Ahí mismo se puede ver que el Cardenal aboga por una universidad transdisciplinaria que sin perder las diversas especialidades (facultades), aborde y tenga en cuenta el problema de los fundamentos, así como el de las finalidades de la existencia humana y de toda la creación. En una palabra, el Cardenal aboga por una universidad auténticamente “católica”, “universal”. Ya que hoy estamos en “un mundo hiperespecializado en el que se ha perdido de vista el horizonte del sentido último de la existencia” (Poupard, 2001).

Pasa a reflexionar luego acerca de los supuestos de una universidad y su modelo, encuentra que “en realidad, detrás de cada modelo universitario se esconde un modelo de hombre” y el modelo que subyace a la universidad católica es un modelo definido por el Papa Juan Pablo II en el cual el centro es “la persona humana, dotada de capacidad racional y de voluntad libre”(ECE), del hombre entendido como una unidad diversa, en la cual el cuerpo y el alma forman una unidad.

Esa persona humana que no puede ser concebida sin las otras personas humanas, es el centro y conforma la comunidad universitaria que está, toda ella, en la búsqueda y al servicio de la verdad o, expresado en términos de los primeros cristianos, en “Diakonía de la verdad”, idea que expresa el sentido e ideal de la paideia cristiana y con ello de la Universidad Católica.

“la universidad no puede perder su vocación originaria para adaptarse servilmente a las exigencias del mercado y transformarse en una escuela profesional de alto nivel”

“Se trata de una comunidad articulada enteramente al servicio de la verdad. La diakonía de la verdad sintetiza y expresa el ideal de la paideia cristiana en la universidad. Éste es el desafío permanente de una universidad católica” (Poupard, 2001)

En diálogo con el texto, encontramos que en nuestra Universidad se hace necesario ahondar en la reflexión sobre los fines, superar el inmediatismo que impone la sociedad y el mercado laboral y orientar a toda la comunidad universitaria a identificar permanentemente en una perspectiva dinámica a cada una de las personas humanas que allí intervienen como el centro de la comunidad, lo que implica asumir una visión policéntrica y compleja que esté al servicio del hombre imagen de Dios y que responda permanentemente por los fines que en ocasiones no parecen tan evidentes.

El servicio a la verdad o la “diakonía” de la verdad, presupone como fundamento “la defensa de la razón” a la que califica como un don dado por Dios a los hombres.

El fin de nuestra universidad es el descubrimiento —*aleteia*—, por cada uno de los hombres, de la verdad, pero una verdad que trasciende y a la vez abarca y subsume la verdad de las ciencias y de las técnicas, es la verdad que como afirma Juan, el apóstol “nos hará libres”. Una verdad que asume el modelo integral e integrador del hombre “cuerpo y alma uno”, ser a la vez físico, biológico, ecológico, cultural, con vocación trascendente, que abarca y abre la pluridimensionalidad.

Algunas exigencias de la diakonía de la verdad

El servicio a la verdad o la “diakonía” de la verdad, presupone como fundamento “la defensa de la razón” a la que califica como un don dado por Dios a los hombres. Parte de lo que hoy se denomina la “crisis de la razón”, caracterizada por un racionalismo que hipertrofia de la razón frente a un irracionalismo en el cual ésta se halla

ausente, o que manifiesta una fuga u olvido deliberado de la razón.

Pasa revista a la evolución de la crisis originada en el pensamiento moderno, que deja de lado la visión cristiana de la verdad y del hombre, y con Descartes quien adopta una visión mecanicista de la razón para que en Kant se produzca la claudicación de la razón frente a la fe, cuando afirma que la razón nada tiene que decir frente a las grandes preguntas, situación que llega hasta el día de hoy con el llamado pensamiento débil que es una extraña mezcla de la “racionalidad científica y de irracionalismo”.

Encuentra el Cardenal que es necesario realizar un “elogio de la razón” y lo hace de la mano del Papa quien, a su juicio, podría haber titulado la encíclica *Fides et Ratio* como “Elogio de la razón”, ya que en ella hay una defensa de la razón y una invitación a los filósofos, creyentes o no, a que se atrean a emprender con valentía la búsqueda de las cuestiones y de los fundamentos primeros y últimos. Conceptúa que en el uso de la razón el mal uso de la misma o la poca razón es lo que aleja de la verdad y con ello aleja de la fe, de ahí que, para una visión auténticamente católica: “la mucha razón no aleja, sino que acerca a Dios” (Poupard, 2001).

Poupard ve que el mal uso, la carencia o el desvío de la razón son las causas del nihilismo, del irracionalismo y en últimas, del pensamiento débil del cual hace alarde la sociedad contemporánea, ya que estos caminos llevan a un desasosiego del corazón de los hombres.

Contrario a lo que piensan algunos, la debilidad de la razón no le hace ningún servicio a la fe, en la antípoda de éstos, piensa el Cardenal que el debilitamiento de ésta es un flaco servicio a ambas. Por esto se impone una defensa de la razón ya que ella conlleva una búsqueda de la verdad y del origen de ésta. “Para salvar la fe es necesario



recuperar el optimismo racional que va de la mano con la pasión por la verdad última y el anhelo por su búsqueda”. En este sentido “la fe se hace abogada convencida y convincente de la razón”(Poupard, 2001)

En cuanto a la relación que pueda existir entre la verdad y la tolerancia, afirma que realmente es contrario a la tolerancia el relativismo de las ideas, debido a que éste realmente no da un asidero sostenible y fiable. Las grandes ideas no son causantes de intolerancia. Es la ignorancia de la verdad la causante de ésta, afirmación que recuerda a la que hiciera Jacob Bronowski en el crematorio de Auschwitz recordando su familia y en general a su pueblo quienes fueron sacrificados allí: “Se ha dicho que la ciencia deshumanizará a la gente y la convertirá en números. Esto es falso, trágicamente falso. Compruébelo usted mismo. Éste es el campo de concentración y el crematorio de Auschwitz. Fue aquí donde la gente se convirtió en números. En este estanque fueron esparcidas las cenizas de cuatro millones de personas. Y esto no fue obra del gas. Fue obra de la arrogancia. Fue obra del dogma. Fue obra de la ignorancia. Cuando la gente se cree poseedora del conocimiento absoluto, sin prueba de la realidad, tal es su comportamiento. Todo ello ocurre cuando los hombres aspiran al comportamiento de los dioses”. (Bronowski J., 1983: 374).

Por su parte, Poupard recuerda y afirma con Simone Weil que la vida, en el fondo “no tiene otro sentido y no lo ha tenido nunca, que la espera de la verdad”. Afirma que: “el verdadero objetivo de la vida es el conocimiento existencial, integral de la verdad, la comunión con ella, la vida en ella. La verdad es la iluminación y la transfiguración tanto de la existencia como del universo. El *logos* iluminador actúa de forma individual también en toda conquista de la verdad, fragmentada en las verdades parciales del conocimiento científico” (Poupard, 2001).

Toda la labor educativa de nuestra Universidad debe suponer y desarrollar el ejercicio de la razón y el respeto por ésta. Con Derrida (1994) tenemos que aceptar que no conocemos una Universidad que se declare contra la razón debemos asumir, junto con el Papa, que la razón es una de las alas con la cual el espíritu se eleva a la contemplación de la verdad y debemos enseñar esto a nuestros alumnos.

Es cierto que quienes predicán un pensamiento débil, que en últimas es la admisión de la sofística en nuestra morada, o un irracionalismo, le hacen un triste servicio a la verdad y por consiguiente a la fe. Por esto debemos incrementar en cada una de las clases el interés por las cuestiones que fundamentan y llenan de sentido la vida de los hombres, utilizando para ello la luz de la razón.

Plantea el Cardenal cuatro exigencias de la *diakonía* de la verdad, las cuales no pretenden ser las únicas pero sí ser fundamentales en el servicio de la verdad, en ellas se conjuga la pasión por la verdad y la crítica.

Las primera que plantea es “aprender a pensar con rigor” y esto para poder tener un criterio firme que sirva para orientarse en una sociedad, que como la identificara Luis Enrique Ruiz López, es una sociedad donde reina la sofística, en la cual a través de los medios se difunde tantos sofismas o desinformación tendenciosa que crea una falsa imagen de la realidad y que pretende que de tanto repetirse se hace verdad. La Universidad ha de ser la escuela del pensamiento riguroso para develar los sofismas del lenguaje, que es el primer instrumento de manipulación de las conciencias.

En segundo término, afirma el Cardenal, que “es necesario un sano espíritu crítico” el cual, en primer lugar, debe ser autocrítico y que, en el sentido científico, es una herramienta *sine qua non* de la investigación y es motor de la consecución de la verdad. “Tener valor para someter a examen las cosas que recibimos, confrontándolas con la verdad” (Poupard, 2001).

La tercera exigencia de la *diakonía* de la verdad es “el deseo de investigar, de innovar, de ir más allá, de superar fronteras”. Afirma que la universidad católica no debe ir tomando los productos de otros sino que debe ir creando su propio acervo de investigación, así sea partiendo de principios modestos. Y que estas investigaciones pueden ser el objeto “de tesis de doctorado, de nuevos proyectos de investigación, de inventar. Una universidad católica no debería ir nunca a remolque ni estar a la defensiva, esperando las novedades que otros producen, sino pionera en la investigación”(Poupard, 2001).



Finalmente, como cuarta exigencia de la diakonía de la verdad, está “la apertura a la realidad en todas sus dimensiones” y aquí plantea una interesante inter y transdisciplinariedad² en donde se hace necesario que el estudiante de ciencia tenga contacto, sea impregnado de las ciencias humanas, de los grandes temas del hombre y el estudiante de letras y humanidades tenga contacto, sea impregnado con las cuestiones de la ciencia y la tecnología y así le sea posible ubicarse en el mundo en que vive.

Cumplir con estas exigencias, que surgen de la antropología cristiana, que orienta la universidad católica, hará posible el desarrollo de la persona humana integral e integradora, multidimensional que vive en búsqueda permanente de la verdad.

Cada una de las áreas y materias que en nuestra universidad se imparten deben ir orientadas por estas cuatro exigencias para que los estudiantes encuentren en nuestras aulas un verdadero “lugar de esclarecimiento” en donde se promueve la construcción permanente de una vida más cristiana y con ello más humana.

Es necesario promover el pensamiento riguroso y la sana crítica para que las nuevas generaciones, salidas de nuestra universidad, no caigan en la ilusión de los sofismas, que se difunden con tendencias claramente definidas, en los diversos ámbitos sociales y por el contrario ayuden a iluminar su entorno social y existencial con la luz de su criterio bien fundamentado.

De otra parte, la investigación en todos los ámbitos debe ser el pan cotidiano de la actividad universitaria, eje central de su quehacer. Ella debe ser orientadora de la actividad universitaria y debe ser producto y a su vez productora de

La investigación en todos los ámbitos debe ser el pan cotidiano de la actividad universitaria, eje central de su quehacer. Ella debe ser orientadora de la actividad universitaria y debe ser producto y a su vez productora de mayor conocimiento al servicio de la persona humana.

² En la conferencia que pronunció el Cardenal Poupard en la Universidad de San Buenaventura de Bogotá, el pasado (29 de enero entre las 6:00 y las 8:00 p.m., en la sede principal), sobre el tema de “San Buenaventura y la paradoja de la velocidad”, en el período de preguntas, señaló que la búsqueda de este diálogo interdisciplinario es la tarea más importante y al vea difícil de una universidad católica y que, aunque no hay recetas para lograrlo, se puede intentar --como él mismo lo hizo en sus 10 años de rectoría del Instituto Católico de París, ir “de la interdisciplinariedad a la disciplinariedad”.

mayor conocimiento al servicio de la persona humana, vista ésta tanto a nivel individual, social, como de la especie.

La educación del corazón³

Poupard, como buen francés, se ubica dentro de la tradición pascaliana y afirma que no es sólo la razón la que debe ser educada en la universidad, sino que también lo debe ser el corazón, que el debilitamiento de la razón ha llevado a un sentimentalismo vacío y por eso se hace necesario “enseñar a amar”, ya que, en conjunción con el Papa, piensa que lo perenne en la juventud es el amor y el deseo de entregar la vida por algo que le dé sentido a la existencia.

Pensando en los lugares en donde se hace “escuela del amor” inicia enunciando la familia, las amistades, en ellas y con ellos se teje la delicada y hermosa trama del amor fraterno de la cual no puede quedar fuera la universidad. Ella no debe ser fría e insensible sino una “escuela de amor”.

Y en su orden comienza por el amor a Dios que debe impregnar toda la vida de las personas que hacen parte de la comunidad universitaria y que se manifiesta y por ello no es incompatible ni excluyente sino incluyente y compatible y que aparece más bien como condición necesaria de amor al prójimo, al más

necesitado, al excluido y éste debe ser un aspecto central de la vida de la universidad. Podría afirmarse que éste debe ser su eje, la idea base y la tarea central de una universidad católica que obedece y sigue fiel a su concepción teológica, antropológica y teoantropológica.

Pero también es el lugar de amor fraterno entre maestros y alumnos. En este sentido es necesario que los maestros sean verdaderos maestros que le dediquen el tiempo necesario a sus estudiantes y sean verdaderos ejemplos de vida, que sus cátedras sean una especie de “confesionario laico” un lugar de encuentro, de descubrimiento del otro. De igual forma, la universidad es el lugar de las grandes amistades que ayudan a encontrar el sentido a la vida e impulsan hacia los grandes sueños e ideales y es en la universidad donde se forma para comprender el sentido y el papel del saber y la responsabilidad de éste, a mayor saber mayor responsabilidad ética y moral.

Por último, enuncia Poupard una relación de conexidad entre verdad y amor, las dos son manifestaciones de Dios. Recuerda a la filósofa judía (conversa) Edith Stein o Sor Teresa Benedicta de la Cruz quien afirma: “no aceptéis nada como verdad que esté privado de amor. Y no aceptéis nada como amor que esté privado de verdad. La una sin el otro se

³ Recordemos que “mover el corazón” es una preocupación prioritaria del estilo educativo lasallista, desde de los documentos mismos de San Juan Bautista de La Salle.

La universidad está llamada a ser, lo que podríamos denominar en palabras de San Juan Bautista de La Salle, "lugar de salvación", que las personas integrantes de la comunidad universitaria ante todo deben ser testigos del evangelio que se anuncia

convierte en una mentira destructora". Y continúa afirmando que: "la verdad sin el amor se convierte en una dictadura insoportable. El amor sin la verdad, se convierte en una engañosa tiranía. No se puede optar por el amor en contra de la verdad. Ni tampoco usar la verdad ignorando el amor. Aisladas la una de la otra, emprenden un rumbo enloquecido y destructor" (Poupard, 2001). Y termina aseverando que: "la universidad ha de convertirse en el lugar privilegiado de elaboración de esta síntesis, el taller donde se forja, en el interior de la persona, la pasión por la verdad y el amor sin fronteras"(Poupard, 2001).

Nuestra Universidad debe ser una "comunidad educativa de amor fraterno", allí el amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús debe ser un permanente afán, o utilizando las palabras de nuestro Santo fundador, debe ser objeto de todo nuestro "celo".

Una amor fraterno que debe transir las relaciones familiares, las relaciones de amistad, las relaciones maestro alumno, alumno-alumno y las de todos con las personas que prestan desde los más humildes hasta los más grandes servicios. Pero este amor fraterno no puede quedarse sólo entre los miembros de la comunidad universitaria sino que debe rebasar sus linderos y hacerse presente delante de todos los hombres, especialmente, de los más necesitados y debe promover entre ellos el desarrollo polifacético y pluridimensional junto con la libertad en responsabilidad.

Conclusión

Concluye el Cardenal preguntándose si esas ideas propuestas no serán inalcanzables e irreales y se contesta que no, que el ejemplo de ello es Jesucristo, que en él se sintetizan la verdad y el amor y que la universidad está llamada a ser, lo que podríamos denominar en palabras de San Juan Bautista de La Salle, "lugar de salvación", que

las personas integrantes de la comunidad universitaria ante todo deben ser testigos del evangelio que se anuncia, si esto no se produce se está olvidando y traicionando el espíritu de la universidad católica.

Debemos asumir conscientemente nuestro legado histórico de dos mil años de paideia

cristiana, de trescientos veinte años de lasallismo y con responsabilidad dar testimonio de “la buena nueva” del evangelio al mundo de hoy para que en verdad podamos ser “sal de la tierra” o si no ser arrojados porque no servimos. 📖

BIBLIOGRAFÍA

- Bronowski J, Jacobo: *El ascenso del hombre*, Fondo Educativo Interamericano, Santafé de Bogotá, 1983. Cap. 11. pp. 374.
- Derrida, J. “*Las Pupilas de la universidad. El principio de razón y la idea de universidad*” en Gianni Vattimo (comp.) *Hermenéutica y racionalidad*, Norma, Santafé de Bogotá, 1994.
- Juan Pablo II, *Constitución apostólica sobre las universidades católicas. Ex Corde Ecclesiae (ECE)*, Ciudad del Vaticano, 1990.
- Juan Pablo II, *La fe y la razón. Fides et Ratio*, Ciudad del Vaticano, 1998.
- Poupard, Paul. Card, *Inteligencia y afecto. Notas para una paideia cristiana*, Lección inaugural del Emmo. y Rvm. Sr. Cardenal Paul Poupard, Presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, Universidad Católica San Antonio, Murcia (España), 22 de noviembre de 2001, Disponible en: <http://www.arvo.net/includes/documento.php?IdDoc=3606&IdSec=407>
- Ruiz, Luis Enrique. *Una nueva oleada de sofística, Logos*, Razón, Revista de la Facultad de Filosofía de la Universidad de La Salle. Nº 2 (Bogotá, 1984)